

jan de esbozar siempre un guiño hispánico. Se trata, en todo caso, de escritos que se publicaron en castellano y en publicaciones españolas (en la revista *Verbo*, así como en opúsculos editados por la Comunción Tradicionalista) o argentinas (la desaparecida revista *Verbo* de Buenos Aires). En resumidas cuentas, creo que puede resultar adecuado en su conjunto.

Hace unos meses, en uno de los brindis a los postres de la cena de Cristo Rey, que organiza la Comunción Tradicionalista madrileña, quise traer su recuerdo, por una razón añadida, y no menor, que resulta también oportuno evocar para cerrar esta breve presentación de un volumen cuyo último trecho trata de Cristo Rey y su realeza social. Esto dije: «Cuando en 1964, ante la preparación de la declaración conciliar *Dignitatis humanae*, que introdujo la libertad religiosa, Pepe Arturo Márquez de Prado, el mejor amigo español de Federico, organizó junto con el inolvidable Alberto Ruiz de Galarreta el juramento de defender la unidad católica de España por los jefes de requetés, Wilhelmsen no estaba en España. Pero, a su vuelta, enterado del mismo, insistió en hacerlo. Lo que tuvo lugar en el despacho de la casa de Pepe Arturo, junto con otras personas, tan destacadas como don Melitón Sanz, capellán de don Manuel Fal Conde durante la guerra. Creo, pues, que traer su recuerdo en esta ocasión tan especial como la cena de Cristo Rey es más que debido. Pues Federico Wilhelmsen, creado caballero de la Orden de la Legitimidad Proscrita por el Rey Don Javier, quiso que en sus exequias se dispusiera su boina roja en el féretro. Vivió y quiso morir como un carlista. Y profesó la doctrina del Carlismo en su integridad».

Miguel Ayuso

Juan Manuel de Prada, *Raros como yo*, Madrid, Espasa, 2023, 272 pp.

Juan Manuel de Prada, querido amigo que nos honra con su colaboración en estas páginas, no defrauda. En esta ocasión presenta una galería de escritores que califica de raros, lo que requiere una primera elucidación, que el autor ofrece en las primeras líneas del liminar: «El término, a los efectos que aquí interesan, lo acuña Rubén Darío en una serie de semblanzas, en realidad su propia versión de un libro anterior de Verlaine en que codifica la figura del maldito "fin de siglo", mirándose en el espejo de

Baudelaire. El maldito verlainiano, como el raro de Rubén, «era el escritor genial que, sintiéndose rechazado por una sociedad filisteá, adoptaba formas de vida e ideales radicalmente antiburgueses que lo convertían en un transgresor [...]; y el raro o maldito, ante la marginación de la sociedad burguesa, respondía de forma desdeñosa, furibunda, blasfema o incluso satánica, según cómo le hubiera caído en el estómago la última botella de agnijo». Pero, andando el tiempo, la significación se extendió al «bohémio más o menos dandy o pulgoso, más o menos desgarrado o excéntrico». Pero el malditismo fue poco a poco asimilado por el sistema, imperceptiblemente al principio, con descaro después, y de resultas «el maldito ya domesticado fue primero tolerado benévolaente, después admitido públicamente en sociedad, hasta por fin ser entronizado como icono pop». El maldito, de este modo, se convirtió «en un artista aceptado por el sistema, aureolado por una mitología autocomplaciente y falsorra de rebeldía, que no sólo no se rebelaba contra las convenciones ideológicas y estéticas de su época, sino que en cierto modo las proclamaba y encarnaba orgullosamente». A partir de aquí puede entenderse la cita de Chesterton que también colaciona seguidamente, por la que la ortodoxia es la única forma de heterodoxia que nuestra época no admite: «Maldito no es hoy el autor que se complace en invocar a los demonios, sino el que se atreve a rezar a los santos; maldito no es el activista del desenfreno sino el apóstol de la templanza; maldito no es el rapsoda chillón de la libertad, sino el juglar discreto de la tradición. Maldito, en fin, no es el niño pijo, autodestructivo y nihilista cuyos aspavientos aplaude el sistema, sino el artista que se atreve a llevar la subversión hasta donde el sistema empieza a echar espumarajos [...]: hasta el escarnio de su religión democrática, hasta la denuncia de sus vacuas naderías y pomposidades, hasta la execración de sus turbias ideologías, hasta el altar donde Dios se hace carne». Honradamente, sólo estas páginas iniciales valen ya por todo el libro. Que, en todo caso, es bien valioso en cada una de sus páginas.

El lector de *Verbo*, naturalmente, al margen de sus afinidades literarias o estéticas, que le llevarán a preferir a unos u otros de los escritores de la galería, aprovechará sin duda, en su condición de interesado por los vericuetos de la conexión de la teología con la política católicas, especialmente las páginas dedicadas a Ernest Hello o a Leonardo Castellani, e incluso al imposible León Bloy.

Vicente BERROCAL